

hush, hush

Becca Fitzpatrick

Traducción de Pablo M. Migliozi



Dios no perdonó a los ángeles cuando pecaron, sino que los arrojó al infierno y los dejó en las tinieblas, encadenados y guardados para el juicio.

2 Pedro 2:4



Prólogo

Valle de Loira, Francia, noviembre de 1565

Chauncey estaba con la hija de un granjero en la orilla cubierta de hierba del río Loira cuando se desató la tormenta, y puesto que había dejado a su caballo vagando por el prado sólo le quedaban sus dos piernas para regresar al castillo. Arrancó una hebilla plateada de su calzado, la depositó en la palma de la chica y vio como ella se iba corriendo, el barro que le salpicaba las faldas. Después se puso las botas y echó a andar rumbo a casa.

Mientras oscurecía la lluvia caía como una cortina de agua sobre la campiña que rodeaba el castillo de Langeais. Chauncey caminaba tranquilamente sobre las tumbas hundidas y el humus del cementerio; incluso en medio de la niebla más espesa podía encontrar el camino a casa sin miedo de perderse. Esa noche no había niebla, pero la oscuridad y la lluvia torrencial engañaban bastante.

Chauncey percibió un movimiento a un costado, y giró rápidamente la cabeza hacia la izquierda. A primera vista lo que parecía ser un ángel que coronaba un monumento cercano se irguió en toda su altura. El muchacho tenía brazos y piernas, y no era de mármol ni de piedra. Llevaba el torso desnudo y los pies descalzos, y pantalones de campesino que pendían bajo de su cintura. Saltó del monumento, las puntas de su cabello negro chorreando el agua de la lluvia. Las gotas se deslizaban por su rostro, oscuro como el de un español.

La mano de Chauncey recorrió la empuñadura de su espada.

–¿Quién anda allí?

La boca del muchacho insinuó una sonrisa.

–No juguéis con el Duque de Langeais –le advirtió Chauncey–. Os he preguntado quién sois. Responded.

–¿Duque? –El chico se apoyó en un sauce retorcido–. ¿O bastardo?

Chauncey desenvainó la espada.

–¡Retíradlo! Mi padre era el Duque de Langeais –dijo–. Ahora yo soy el Duque –añadió torpemente, y se maldijo por eso.

El chico meneó la cabeza con pereza.

–Vuestro padre no era el antiguo duque.

Chauncey enfureció ante la ofensa.

–¿Y vuestro padre? –preguntó extendiendo la espada. Todavía no conocía a todos sus vasallos, pero los estaba conociendo. El nombre de la familia de este muchacho no se le olvidaría–. Os lo preguntaré una vez más –dijo en voz baja, secándose la cara con la mano–. ¿Quién sois?

El muchacho se acercó y apartó la hoja de la espada. De repente parecía mayor de lo que Chauncey había supuesto, quizá hasta uno o dos años mayor que Chauncey.

–Soy un hijo del Diablo –respondió.

Chauncey sintió un nudo en el estómago.

–Estáis loco de remate –dijo entre dientes–. Largaos.

Bajo los pies de Chauncey, el suelo se inclinó. Erupciones doradas y rojizas estallaron en sus retinas. Encorvado, con las uñas clavadas en los muslos, levantó la vista hacia el muchacho, entre parpadeos y gemidos, tratando de comprender lo que estaba ocurriendo. La cabeza le daba vueltas, como si hubiese perdido el dominio de su mente.

El chico se agachó a la altura de sus ojos.

–Escuchadme bien. Necesito algo de vos. No me iré hasta que lo tenga. ¿Lo habéis entendido?

Con los dientes apretados, Chauncey sacudía la cabeza para expresar su incredulidad, su resistencia. Intentó escupir al muchacho, pero la saliva cayó por su barbilla, la lengua que se negaba a obedecerle.

El chico estrechó las manos de Chauncey entre las suyas; el calor lo quemó y soltó un alarido.

–Necesito un juramento de lealtad feudal –dijo el chico–. Inclinaos sobre una de vuestras rodillas y jurad.

Chauncey ordenó a su garganta una risa áspera, pero su garganta se cerró y ahogó el sonido. Su rodilla derecha se flexionó, como si alguien la

hubiese pateado por detrás, pese a que detrás no había nadie, y él cayó de bruces en el barro. Se retorció de lado y vomitó.

–Juradlo –insistió el muchacho.

Chauncey tenía el cuello enrojecido de calor; requirió de todas sus fuerzas para cerrar sus manos en dos puños débiles. Se rió de sí mismo, pero sin humor. No sabía cómo, pero el chico le estaba infligiendo la náusea y la debilidad. Y no levantaría el castigo hasta obtener su juramento. Diría lo que tenía que decir, pero jurándose a sí mismo que destruiría al muchacho por semejante humillación.

–Señor, me declaro vuestro hombre.

El muchacho puso a Chauncey de pie.

–Venid a verme aquí para el comienzo del Jeshván. Necesitaré de vuestros servicios durante las dos semanas entre la luna nueva y la luna llena.

–¿Una... quincena? –Todo el cuerpo de Chauncey temblaba bajo el peso de su ira-. ¡Yo soy el Duque de Langeais!

–Vos sois un Nefilim –dijo el muchacho con un amago de sonrisa.

Chauncey tenía una réplica profana en la punta de la lengua, pero se la tragó. Sus siguientes palabras fueron pronunciadas con fría malicia.

–¿Qué habéis dicho?

–Perteneceís a la raza bíblica de los Nefilim. Vuestro verdadero padre era un ángel caído. Vos sois mitad mortal –el chico levantó la vista buscando los ojos de Chauncey–, mitad ángel caído.

Chauncey oyó la voz de su instructor que le llegaba desde los rincones de su mente, leyéndole pasajes de la Biblia, hablándole de una raza desviada,

creada cuando los ángeles expulsados del cielo se emparejaron con mujeres mortales. Una raza temible y poderosa. Un escalofrío que no le desagradó del todo lo recorrió de la cabeza a los pies.

–¿Quién sois vos?

El muchacho se dio la vuelta y se alejó, y aunque Chauncey quiso ir detrás de él no consiguió que las piernas aguantaran su peso. Arrodillado, parpadeando bajo la lluvia, alcanzó a ver dos cicatrices gruesas sobre la espalda de aquel torso desnudo. Las marcas se juntaban formando una V invertida.

–¿Sois un caído? –gritó–. Os han quitado vuestras alas, ¿verdad?

El chico, el ángel, quienquiera que fuera no se volvió. Chauncey no necesitaba confirmación alguna.

–El servicio que os prestaré –gritó–. Exijo saber de qué se trata.

La risa lejana del muchacho resonó en el aire.



CAPÍTULO 1

Coldwater, Main, en la actualidad

Entré en la clase de biología y me quedé boquiabierto. Misteriosamente adherida a la pizarra había una muñeca Barbie, con Ken a su lado. Estaban tomados del brazo a la fuerza y desnudos, salvo por algunas hojas artificiales colocadas en lugares precisos. Sobre sus cabezas había una invitación garabateada con una tiza rosa de trazo grueso:

BIENVENIDOS A LA REPRODUCCIÓN HUMANA (SEXO)

Vee Sky, que estaba a mi lado, dijo:

–Ésta es la razón por la que están prohibidos los móviles con cámara. Unas fotografías de eso en la revista digital es todo lo que necesito para que la junta directiva quite la clase de biología. Y entonces dispondríamos de esta hora

para hacer algo productivo, como recibir tutorías personalizadas de chicos guapos de clase alta.

–Venga, Vee –respondí–. Juraría que estabas deseando que llegara esta unidad desde que comenzó el semestre.

Vee pestañeó y sonrió con picardía.

–Esta clase no va a enseñarme nada que no sepa.

–Vee se escribe con V de virgen, ¿no es así?

–No grites tanto. –Me guiñó un ojo justo cuando sonó el timbre, y fuimos a ocupar nuestros asientos, que estaban juntos en nuestro pupitre compartido.

El entrenador McConaughy echó mano al silbato que colgaba de una cadena alrededor de su cuello y lo hizo sonar.

–¡Equipo, a vuestros asientos!

El entrenador consideraba que enseñar biología en el cuarto curso de secundaria era una tarea accesoria respecto de su trabajo como entrenador de un equipo universitario de baloncesto, y nosotros lo sabíamos.

–Puede que no se os haya ocurrido, chicos, que el sexo es mucho más que una visita de quince minutos al asiento trasero de un coche. Es ciencia. ¿Y qué es la ciencia?

–Un aburrimiento –gritó un alumno desde el fondo de la clase.

–La única asignatura que voy a suspender –añadió otro.

Los ojos del entrenador se pasearon por la primera fila, y se detuvieron en mí.

–¿Nora?

–El estudio de algo –respondí.

Se acercó y apoyó el dedo índice sobre el pupitre, delante de mí.

–¿Qué más?

–El conocimiento alcanzado por medio de la observación y la experimentación. –Precioso. Mi voz sonó como si estuviera haciendo una prueba para nuestro audiolibro.

–Dilo con tus propias palabras.

Me toqué el labio superior con la punta de la lengua, en busca de un sinónimo.

–La ciencia es investigación. –Esta vez sonó como una pregunta.

–La ciencia es investigación –repitió el entrenador juntando las manos–. La ciencia requiere que nosotros nos transformemos en detectives.

Dicho así, la ciencia parecía divertida. Pero yo había pasado tiempo suficiente en las clases del entrenador como para perder las esperanzas.

–Un buen trabajo de detective requiere práctica –continuó.

–El sexo también –fue el siguiente comentario desde el fondo. Todos reprimimos la risa, a la vez que el entrenador apuntó con el dedo al transgresor en una señal de advertencia.

–Eso no será parte de la tarea para esta noche. –El entrenador volvió a concentrarse en mí–. Nora, te has estado sentando al lado de Vee desde comienzos del semestre. –Asentí, aunque tuve un mal presentimiento sobre adónde quería llegar–. Las dos trabajáis juntas en la revista digital del instituto. –Asentí nuevamente–. Apuesto a que os conocéis muy bien.

Vee me dio una patada por debajo de la mesa. Sabía lo que estaba pensando. Que él no tenía la menor idea de cuánto nos conocíamos. Y no me

refiero sólo a los secretos que sepultábamos en nuestros diarios personales. Vee es mi alma gemela. Ella es una rubia platino de ojos verdes, y le sobra algún que otro killito en las curvas. Yo soy una morena de ojos grises y un pelo rizado voluminoso que se resiste a la mejor de las planchas. Y soy todo piernas, como un taburete de barra. Pero hay un hilo invisible que nos une; las dos creemos que ese vínculo comenzó mucho antes de nuestros nacimientos. Las dos estamos convencidas de que perdurará por el resto de nuestras vidas.

El entrenador miró al resto de la clase.

–De hecho, apuesto a que todos vosotros conocéis bastante bien al compañero que tenéis al lado. Habéis decidido sentaros juntos por alguna razón, ¿no es así? Confianza. Lamentablemente los mejores detectives evitan la confianza. Es un obstáculo para la investigación. Por eso hoy vamos a crear una nueva disposición en el aula.

Abrí la boca para protestar, pero Vee se me adelantó.

–¿Qué chorrada es ésa? Estamos en abril. Es casi el final del curso. Ahora no puede salir con ésas.

El entrenador insinuó una sonrisa.

–Puedo hacerlo hasta el último día de clase. Y si suspendes volverás a estar aquí el próximo semestre, y volveré a salir con ésas una y otra vez.

Vee lo miró frunciendo el ceño. Ella es famosa por su ceño fruncido. Es una mirada que lo expresa todo sin abuchear de forma audible. Aparentemente inmune a su gesto, el entrenador se llevó el silbato a la boca, y nosotros captamos la idea.

-Quiero que todos los que estén sentados en el lado izquierdo del pupitre (éste es el lado izquierdo) se cambien al asiento de adelante. Los de la primera fila (sí, Vee, tú también) se irán al fondo.

Vee metió su cuaderno dentro de la mochila y desgarró la cremallera al cerrarla. Yo me mordí el labio y la despedí brevemente con la mano. Luego me di la vuelta para echar un vistazo a la clase. Conocía los nombres de todos mis compañeros... excepto el de uno. El alumno transferido. El entrenador nunca se dirigía a él, y al parecer él lo prefería así. Se sentaba con los hombros caídos en la mesa de detrás, y sus fríos ojos negros miraban fijamente hacia delante. Siempre igual. A veces no podía creer que simplemente se sentara allí, día tras día, mirando a la nada. Estaba pensando en algo, pero mi instinto me decía que probablemente era mejor no saberlo.

Dejó su libro de biología sobre la mesa y tomó asiento en la antigua silla de Vee. Le sonreí.

-Hola. Soy Nora.

Sus ojos negros me calaron y las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba. En aquella pausa mi corazón titubeó, una sensación de lúgubre oscuridad parecía proyectarse como una sombra sobre mí. Desapareció al instante, pero yo todavía seguía mirándole fijamente. Su sonrisa no era amistosa. Era una sonrisa que anunciaba problemas. Con una promesa.

Miré a la pizarra. Barbie y Ken me devolvieron la mirada sonriendo de un modo extrañamente alegre.

El entrenador dijo:

-La reproducción humana puede ser un tema difícil...

–¡Buuuuh! –abucheó un coro de alumnos.

–Exige un tratamiento maduro. Y como en toda ciencia, la mejor forma de aprender es investigando. Durante lo que queda de clase practicaréis la técnica del detective para averiguar tanto como sea posible acerca de vuestro nuevo compañero de banco. Para mañana quiero un trabajo escrito sobre vuestros descubrimientos, y creedme, voy a verificar su autenticidad. Esto es biología, no literatura, así que ni se os ocurra inventar. Quiero ver una interacción real y un trabajo de equipo. –En lo que dijo había implícito un «o algo más».

Yo permanecía en una total indiferencia. La pelota estaba en su tejado. Sonreí, sorprendida de lo bien que funcionaba. Fruncí la nariz, tratando de imaginar a qué olía. A cigarrillos no. Era algo más fuerte y apestoso. Puros.

Localicé el reloj de pared y empecé a dar golpecitos con el lápiz al ritmo del segundero. Clavé un codo en la mesa y apoyé la barbilla en el puño. Suspiré.

Genial. A este paso iba a perder.

Continuaba con la vista al frente, pero oía el suave deslizamiento de su boli. Estaba escribiendo, y yo quería saber qué. Diez minutos sentados juntos no lo cualificaban para sacar ninguna conclusión acerca de mí. Lanzando una rápida mirada de soslayo vi que llevaba escritas unas cuantas líneas y su folio seguía llenándose.

–¿Qué escribes? –le pregunté.

–Y además habla inglés –dijo mientras lo garabateaba en la hoja, con trazos suaves y perezosos.

Me acerqué a él tanto como me atreví, tratando de leer qué más había escrito, pero dobló el folio por la mitad, ocultando la lista.

–¿Qué has escrito? –quise saber.

Alargó la mano para coger mi hoja limpia, deslizándola sobre la mesa hacia él. Hizo una bola con ella estrujándola. Antes de que pudiera protestar la arrojó a la papelera que estaba junto a la mesa del entrenador. Canasta.

Me quedé mirando la papelera durante un momento, paralizada, entre incrédula y furiosa. Luego abrí mi cuaderno por una página en blanco.

–¿Cómo te llamas? –le pregunté, lápiz en ristre.

Levanté la vista justo a tiempo para encontrarme con otra sonrisa oscura. Ésta parecía desafiarme a que le sonsacara.

–¿Tu nombre? –insistí, deseando que mi voz quebrada estuviera sólo en mi imaginación.

–Llámame Patch. Lo digo en serio. Llámame.

Guiñó un ojo al decirlo, y tuve la certeza de que se burlaba de mí.

–¿Qué haces en tu tiempo libre? –interrogué.

–No tengo tiempo libre.

–Supongo que esta tarea lleva nota, ¿por qué no me lo pones fácil?

Se reclinó en el respaldo de la silla, entrelazando las manos detrás de la cabeza.

–¿Quieres que te lo ponga fácil?

Estaba segura de que se estaba insinuando, de modo que me esforcé por cambiar de tema.

–En mi tiempo libre –retomó pensativo– hago fotos.

Escribí «Fotografía» con letra de imprenta.

–No he acabado –dijo–. Tengo una colección bastante completa de una columnista de la revista digital que cree en la verdad de la alimentación orgánica, que escribe poesía en secreto y que se estremece de sólo pensar que tiene que escoger entre Stanford, Yale y... ¿cómo se llama esa grande que empieza con H?

Lo miré fijamente durante un instante, convulsionada ante su acierto. No podía haber acertado de pura suerte. Sabía. Y yo quería saber cómo es que sabía tanto. Ahora mismo.

–Pero al final no irás a ninguna de éstas.

–¿Ah no? –pregunté sin pensar.

Enganchó los dedos debajo del asiento de mi silla, y la arrastró hacia él. No estaba segura de si debía apartarme y demostrarle que estaba asustada, o no hacer nada y fingir que me aburría. Opté por lo segundo.

Continuó.

–Y aunque consiguieras entrar en las tres universidades, las despreciarías por considerarlas un cliché del éxito. Dictar sentencia es la tercera de tus tres grandes debilidades.

–¿Y cuál es la segunda? –dije bastante furiosa. ¿Quién era este tío?
¿Acaso todo formaba parte de una broma pesada?

–No confías en nadie. Rectifico. Sólo confías en la gente equivocada.

–¿Y la primera? –pregunté.

–Te empeñas en tenerlo todo controlado.

–¿A qué te refieres?

-Tienes miedo de lo que no puedes controlar.

Se me erizaban los pelos de la nuca, y la temperatura del aula parecía enfriarse. Podría haberme acercado al escritorio del entrenador y solicitarle un nuevo cambio de ubicación. Pero me resistía a que Patch pensara que podía intimidarme o asustarme. Sentí una necesidad absurda de defenderme y decidí allí y en ese momento que no iba a retroceder hasta que él lo hiciera.

-¿Duermes desnuda? -me preguntó.

Mi mandíbula amenazó con desencajarse, pero pude evitarlo.

-A ti te lo voy a contar.

-¿Has ido al psicólogo alguna vez?

-No -mentí. La verdad era que acudía a sesiones de orientación con el psicólogo del instituto, el doctor Hendrickson. Pero no era por voluntad propia y no me apetecía hablar de ello.

-¿Has hecho algo ilegal?

-No. -Superar el límite de velocidad de vez en cuando no contaba. No para él-. ¿Por qué no me haces una pregunta normal? Como...qué música me gusta.

-No voy a preguntarte lo que puedo adivinar.

-¿Sabes qué tipo de música me gusta?

-Barroca. Cuando se trata de ti todo tiene que ver con el orden, el control. Apuesto a que tocas... ¿el chelo? -Lo dijo como si se lo hubiera sacado de la manga.

-Error. -Otra mentira, pero con ésta se me pusieron los pelos de punta. ¿Quién era realmente? Si sabía que tocaba el chelo, ¿qué otras cosas sabía?

–¿Qué es eso? –Patch tocó el interior de mi muñeca con el boli. Me aparté bruscamente, por instinto.

–Una marca de nacimiento.

–Parece una cicatriz. ¿Eres una suicida, Nora? –Sus ojos conectaron con los míos, y pude percibir su risa–. ¿Padres casados o divorciados?

–Vivo con mi madre.

–¿Y tu padre?

–Mi padre murió el año pasado.

–¿Cómo murió?

Me estremecí.

–Lo mataron. Estas son cosas personales, si no te importa.

Hubo un momento de silencio y los bordes de sus ojos se suavizaron un poco.

–Tiene que ser duro. –Sonó como si hablara en serio.

Entonces sonó el timbre y Patch se puso de pie y se dirigió a la puerta.

–Espera –dije levantando la voz. No se volvió–. ¡Perdona! –Salió por la puerta–. ¡Patch! No tengo nada de ti.

Se dio la vuelta y regresó hasta mí. Me cogió la mano y garabateó algo antes de que me diera tiempo a retirarla.

Bajé la vista y vi siete números escritos con tinta roja en mi palma, y cerré el puño. Quería decirle que ni se pensara que iba a llamarlo esa noche. Quería decirle que había sido culpa suya por haberse tomado todo el tiempo para interrogarme. Quería tantas cosas, y sin embargo ahí me quedé, como si fuese incapaz de cerrar la boca.

Al final dije:

–Esta noche estoy ocupada.

–Yo también –dijo él con una sonrisa, y se marchó.

Me quedé clavada al suelo, asimilando lo que acababa de pasar. ¿Había consumido todo el tiempo interrogándome a propósito? ¿Para hacer que suspendiera? ¿Acaso pensaba que una sonrisa radiante podía redimirlo? Sí, me dije. Eso es lo que piensa.

–¡No te llamaré! –le grité a sus espaldas–. ¡Nunca!

–¿Has acabado tu columna de mañana? –Era Vee. Apareció a mi lado, haciendo anotaciones en la libreta de notas que llevaba a todas partes–. Estoy pensando que la mía hablará sobre la injusticia de obligarte a cambiar de sitio. Me ha tocado una chica que dice que acabó el tratamiento contra los piojos esta mañana.

–Allá va mi nuevo compañero –dije señalando la espalda de Patch en el pasillo. Caminaba de un modo irritantemente seguro, el tipo de andar que combina bien con camisetas estampadas y un sombrero de cowboy. Patch no vestía ni lo uno ni lo otro. Era de la clase de chicos que llevan tejanos oscuros y botas oscuras.

–¿El transferido del último curso? Supongo que la primera vez no estudió mucho. Ni la segunda. –Me lanzó una mirada astuta–. La tercera es la vencida.

–Me da miedo. Sabe qué música me gusta. Sin tener la menor pista dijo: «Barroco». –Mi intento de imitar su voz grave fue bastante pobre.

–¿Un golpe de suerte?

–Además sabía... otras cosas.

–¿Como qué?

Suspiré. Sabía más de lo que yo quería ver.

–Sabía como meterse debajo de mi piel –dije finalmente–. Mañana hablaré con el entrenador y le diré que nos vuelva a cambiar.

–Pues hazlo. Podría usarlo de gancho para mi próximo artículo. «El alumnado del cuarto curso se resiste». Mejor aún, «El cambio de ubicación recibe una bofetada». Mmm... me gusta.

Al final del día fui yo la única en recibir una bofetada. El entrenador echó por tierra mi alegato para reconsiderar la nueva disposición en el aula. Todo parecía indicar que seguiría pegada a Patch.

De momento.

